

María al pie de la Cruz en la patrística griega

LUCAS F. MATEO-SECO
Universidad de Navarra

Cuando el Presidente de la Sociedad Mariológica Española me propuso que redactase una ponencia para nuestra Semana de Estudios Marianos sobre *La corrección en los Padres griegos*, me pareció que el tema estaba ya suficientemente estudiado, y que lo que quedaba por hacer sería, quizás, volver sobre los textos citados ya tantas veces, analizándolos ahora a la luz de las nuevas ediciones críticas y de los estudios más recientes sobre esos Padres¹. Yo mismo había dedicado un trabajo en Estudios Marianos a lo que tradicionalmente se ha considerado como la perspectiva clave para estudiar la cooperación de María a la obra de la salvación: el paralelismo Eva-María².

Así que decidí hacer una aproximación a este tema desde otra perspectiva: las citas de Jn 19, 25-27 existentes en los Padres griegos y sus comentarios a la presencia de Santa María al pie de la Cruz. Los Padres nunca defraudan y el recorrido por sus páginas siempre es gratificante. He aquí nuestro recorrido, convergente, aunque no idéntico —y esto es verdaderamente significativo—, con el tema de nuestra Semana.

¹ Entre esos estudios se encuentran los siguientes trabajos: J.M. Bover, *La mediación universal de la «segunda Eva» en la tradición patrística*, EstEccl 2 (1923) 321-350; F. de P. Solá, *La corrección de María en la tradición patrística*, EstMar 2 (1943) 61-88; F. Druwé, *La médiation universelle de Marie*, en *María* 458-517; Carol, *De Corredemptione* (ibid.) 128-150; M. A. Genevois, *La maternité universelle de Marie selon saint Irénée*, RThom 41 (1936), 34-36; R. Laurentin, *Le titre de Coredemptrice. Étude historique*, Mar 13 (1951). A esta bibliografía han de sumarse los doce volúmenes de las Actas del Congreso Mariológico-Mariano Internacional celebrado en Roma (PAMI, *Alma Socia Christi: acta Congressus Mariologici-Mariani*, Roma 1952-1958), y otras publicaciones como la de M. I., Miravalle, *María: corredentora, madiadora, Abogada*, Santa Bárbara, 1993.

² *María, Nueva Eva, y su colaboración en la Redención según los Padres*, EstMar 50 (1985) 52-69.

UN HERMOSO PASAJE DE ORÍGENES

Nuestros textos se abren con un hermosísimo pasaje de Orígenes (+ ca. 254) en el que muestra su fina sensibilidad de exégeta:

«Atrevámonos a decir que los Evangelios son las primicias (ἀπαρχήν) de las Escrituras; y que la primicia (ἀπαρχήν) de los Evangelios, es el evangelio según Juan. Nadie puede percibir su sentido sino aquel que haya descansado sobre el pecho de Jesús o, [confiada] por Jesús, haya recibido a María, convertida también en su madre. Tan grande es necesario que sea aquel que se va a convertir en otro Juan, para que, como a Juan, también a éste se le muestre por parte de Jesús quién es Jesús. Pues si, según los que entendieron rectamente, María no tiene otro hijo que a Jesús, y Jesús dijo a su Madre *he aquí a tu hijo* (Jn 19, 26), y no le dijo *aquí está también tu hijo*, [síguese] que es como si le dijese: *Aquí está el Jesús que engendraste*. En efecto, quien ha llegado a la perfección, ya no vive él, sino que Cristo vive en él (cfr Ga 2, 20). Y al vivir Cristo en él, se dice de él a María: *He aquí tu hijo*, Cristo»³.

Es evidente la admiración de Orígenes por el evangelio de Juan. El pensamiento principal del párrafo citado es la necesidad de que quien quiera adentrarse por la sublime teología joánica se identifique con el mismo Juan. Dos cosas destacan en Juan: haber descansado sobre el pecho de Jesús en la noche suprema, y haber recibido a María como Madre. Desde el punto de vista mariológico —especialmente, de la maternidad espiritual de Santa María— el texto contiene dos afirmaciones de suma importancia: La existencia de esta maternidad, y el hecho de que ella no es más que consecuencia de la identificación de Juan con Cristo. La concepción, pues, de esta maternidad en el primer texto en que se nos habla de ella, es radicalmente cristocéntrica. Desde esta perspectiva, María no tiene muchos hijos: tiene uno sólo: Cristo. La agudeza exegética de Orígenes no puede menos de sorprender gratamente: nuestra filiación a Santa María tiene lugar *por* Cristo y *en* Cristo. La maternidad espiritual es, pues, tan real, profunda y misteriosa, como nuestro estar injertados en Cristo.

LA VIRGINIDAD DE SANTA MARÍA

Son muchos —y ocupando casi todo el arco histórico— los comentarios patrísticos que utilizan el pasaje joánico para subrayar la virginidad de Santa María. Jesús —argumentan—, al darle a María por madre a Juan demuestra que María no tenía otro hijo más que el Salvador.

³ Orígenes, *In Joh.* 1, 4. GCS 10, 8-9; SC 120, 70-72; PG 14, 32 A-B. S. Álvarez Campos, *Corpus Marianum Patristicum* (en adelante CorpMarPatr), Burgos 1970, 264.

«Si tuviera otro hijo, dice San Atanasio (+373), Jesús no lo hubiera preterido entregándola como madre a otros. Tampoco ella se habría hecho madre de otros abandonando la convivencia con los suyos (...) Pero, puesto que había permanecido virgen después de engendrarle, el Señor, aunque no fuese su madre, la entregó como madre al discípulo por la pureza de conciencia de Juan y la virginidad intacta de María»⁴.

El texto atanasiano va directo a su interés teológico en este libro: la exaltación de la virginidad. María es entregada a Juan, porque Ella es virgen; es entregada a Juan por su excepcional pureza.

Es la misma exégesis que encontramos en San Epifanio (+ ca 380). Tras citar Is 7, 14, Lc 1, 34-35 y Mt 1, 28, pasajes que tienen como común denominador el afirmar claramente la virginidad de Santa María, Epifanio insiste en que Cristo entregó su Madre a Juan precisamente por la virginidad de éste:

«En caso contrario, cuando estaba colgado de la cruz no la habría entregado a Juan, el santo virgen, cuando dijo: *He aquí a tu madre*, y cuando le dijo a Ella: *He aquí a tu hijo* (Jn 19, 26-27). Habría sido conveniente haberla dado o a sus parientes o a los hijos de José, si hubiera tenido alguno de ella, como por ejemplo, a Santiago, José, Judas, Simeón, que José había engendrado de otra esposa. Y desde luego no encontramos en ningún sitio que él se haya unido a Ella. ¡Fuera este pensamiento! Después del parto permaneció virgen incorrupta»⁵

San Epifanio vuelve sobre este asunto más adelante y con la misma argumentación: si María hubiese tenido hijos, Nuestro Señor no la habría confiado a Juan⁶. En este ambiente, San Epifanio se pregunta por qué Jesús no entregó su Madre a algún otro Apóstol. Y responde: la entregó a Juan a causa de su virginidad. Y prosigue: el discípulo la recibió en su casa, cosa que no habría sucedido si Ella hubiese tenido marido o hijos.

En la misma línea se encuentra Cirilo de Jerusalén (+396), que argumenta que el hecho de que llame a Santa María madre de Juan es buena muestra de que la Sagrada Escritura llama padre y madre también a aquellos que lo son sólo por el cuidado y el cariño. Este es el sentido en que hay que entender la afirmación de que su padre y su madre se admiraron al ver a Jesús discutir con los doctores de la ley (cfr Lc 2, 33)⁷.

⁴ S. ATANASIO, *De virginitate*, CSCO 151, 58. M. Aubineau ha mostrado la autenticidad de este pasaje (cfr M. Aubineau, en «Revue d'Ascétique et Mystique» 121, 160-169; CorpMarPatr, II, 35.

⁵ S. EPIFANIO, *Haereses*, 26, 7: GCS 25, 319-320; PG 41, 385 B-D; CorpMarPatr, n. 729.

⁶ S. EPIFANIO, *Haereses*, 78, 10-11: GCS 37, 452-475; PG 42, 700 B-740; CorpMarPatr, n. 794.

⁷ S. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis* 7, 9; PG 33, 613 C-616 B; CorpMarPatr, n. 987. En esta línea se encuentra también Isidoro de Pelusia, quien escribe: «También demuestra esto (la virginidad

JESÚS, AL CUIDAR DE SANTA MARÍA, NOS LA DEJA COMO UN VALIOSO LEGADO

El primer texto que encontramos sobre este asunto se debe a Marcelo de Ancira (+ antes del 374), que inaugura así una larga tradición que llega hasta nosotros, considerando este acto de Jesús como una donación testamentaria:

«No sólo cuidaba de su Madre mientras vivía, sino que proveía por Ella, confiándola al discípulo que más amaba. En consecuencia, el discípulo la recibió como legado (παρακαταθήκην) que obliga: la recibió en su casa»⁸.

En esta línea se encuentra la exégesis del Crisóstomo a las palabras de Jesús en la cruz. Para el Crisóstomo (+ 405), el Señor cumple con ellas el cuarto mandamiento y muestra así que ella es su verdadera madre:

«Él mismo, crucificado, encomienda su madre al discípulo para enseñarnos que hemos de tener una gran solicitud por los padres hasta el último suspiro. En efecto, cuando la madre se le acercó intempestivamente, le dijo: *¿Qué hay entre tú y yo?* (Jn 2, 4), o *¿Quién es mi madre?* (Mt 12, 48). Ahora, sin embargo, muestra un gran amor, y la encomienda al discípulo al que amaba (...) *¿Por qué no dice nada más a Juan, y no lo consuela [viéndolo] triste? Porque no era tiempo de consolación. Por otra parte no era poco que lo hubiese ensalzado con tal honor y recibiese el premio de su perseverancia. Considera conmigo cómo el crucificado hace todo sin nerviosismo, habla al discípulo de la madre, cumple las profecías...*

«Estaban las mujeres al pie de la cruz. El sexo más débil se mostró entonces el más fuerte: así todo se invertía entonces. Él, al encomendar a su madre, dice: *He aquí a tu hijo* (Jn 19, 26). ¡Oh, qué gran honor! ¡Cuánto honor otorgó al discípulo, cuando, al marcharse Él, la entregó al discípulo para que la cuidara! Puesto que era claro que Ella se dolía como madre y que buscaba protección, con toda razón la entregó al discípulo diciendo: *He aquí a tu madre* (Jn 19, 26). Ciertamente decía estas cosas uniendo a ambos con amor mutuo; el discípulo, al entender esto, la recibió en su casa.

de Santa María) el último testamento (τελευταία διάθεσις) del Señor, el cual en aquel momento en que sufría la muerte vivificadora entregó a la virgen Madre de Dios (Θεοτόκον) al virgen Juan uniendo así ambas virginidades» (Isidoro Pelusiota (+ ca. 435), *Epistolae* 1, 18; PG 78, 193; CorpMarPatr, n. 3588). En sintonía con este pensamiento de Isidoro, Nono Panopolitano (siglo V) escribe: «Cuando Cristo vio a su Madre, la Theotokos, y al discípulo que amaba, dijo esta palabra a su Madre: 'Mujer madre que posee la virginidad: he aquí a tu hijo virgen'. Y luego dijo al discípulo: 'He aquí a la virgen, amante de la virginidad, tu madre sin parto» (Nonus Panopolitanus, *Paraphrasis Johannis* 19, 135; PG 43, 761; CorpMarPatr, n. 3843). Y el monje Antioco (siglo VII): «El Señor nos enseña todas estas cosas no sólo de palabra, sino con sus obras, pues dice la Escritura que estaba sujeto al padre y a la madre. También en la cruz dijo al discípulo: *He aquí a tu madre*. Y a la madre: *He aquí a tu hijo* (Jn 19, 26-27)» (Antiochus Monachus, *Homilia* 108, PG 89, 1768; CorpMarPatr, n. 4727).

⁸ MARCELO DE ANCIRA, *In Joannem commentarius*, frag. 394. TU 89, 166; CorpMarPatr, n. 690.

¿Por qué no nombró a ninguna otra mujer, aunque se encontraba presente alguna otra? Para enseñarnos que había que dar más a nuestras madres. Pues de igual forma que los padres, cuando impiden las cosas espirituales, ni siquiera han de ser reconocidos como tales, así también, cuando no los impiden, ha de cumplirse con ellos todo lo que se les debe, y han de ser antepuestos a los demás, porque nos han engendrado, nos han educado y han soportado miles de molestias.

Así, además, [Jesús] reprime la desvergüenza de Marción. Pues si no hubiera nacido según la carne, no tendría madre y, entonces, ¿por qué tuvo tanto cuidado de Ella sola?»⁹.

El párrafo citado es largo, pero es del autor más importante de los comienzos del siglo V. Es, desde luego, verdaderamente significativo en lo que dice y en sus silencios. Por una parte, el Crisóstomo se inserta en la tradición exegética anterior, concretamente, en el pensamiento de San Epifanio al utilizar Jn 19, 26 como prueba evidente de que Santa María es realmente madre de Jesús. Jesús, al cumplir delicadamente el cuarto mandamiento, así lo demuestra.

Por otra parte, el texto citado se enmarca en el horizonte propio del Crisóstomo, tan criticado posteriormente. Me refiero al hecho de que el Crisóstomo considera como actuaciones inoportunas de Santa María la intervención en las bodas de Caná (Jn 2, 4), y el haber acudido con los parientes de Jesús para verle (Mt 12, 48)¹⁰. La posición del Crisóstomo en este asunto es bien conocida. Quizás deba ser leída con mayor holgura. No habla el Crisóstomo de actuaciones incorrectas —y mucho menos pecaminosas—, sino de actuaciones inoportunas, es decir, de actuaciones que fuerzan los planes de Jesús: en las bodas de Caná, esa actuación «fuerza» el milagro; en el ir junto con los parientes a ver a Jesús, le brinda la oportunidad de insistir en que el reino de Dios no proviene ni de la carne ni de la sangre.

El núcleo central del texto se encuentra en la entrega de la Madre al discípulo y en la recepción de éste. La entrega implica unir a ambos en un amor mutuo: amor de madre y amor de hijo; desde el punto de vista de Juan, la entrega es un legado valiosísimo; desde el punto de vista de la Madre, la entrega es una encomienda; desde el punto de vista de Jesús, la entrega es delicado cumplimiento del cuarto mandamiento, y muestra clara de que venera a Santa María en calidad de madre suya.

Es una línea de comentarios en la que se inserta, entre otros, Procopio de Gaza (siglo VI).

⁹ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Johannem* 85, 2; PG 59, 461-462; CorpMarPatr, 1256-1257.

¹⁰ Cfr SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Mattheum*, 44, 1-2; PG 57, 463-466; CorpMarPatr, 1252-1255.

«Honra a tu padre y a tu madre (Ex 20, 12) (...) Cristo, que pendiente de la cruz encomendó su madre a la fidelidad del discípulo amado, es ejemplo de la deferencia que ha de tenerse con los padres»¹¹

LA MATERNIDAD ESPIRITUAL DE MARÍA

En este contexto, encontramos un valioso pasaje de un gran exégeta cercano al Crisóstomo: Teodoro de Mopsuestia (+ 428). El pasaje es sobrio y elocuente, en la línea del amor mutuo con que, con esta entrega, Jesús une a la Madre con el discípulo:

«Estaban junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre y la otra María (Jn 19, 25). Estaba también allí Juan. Jesús en la cruz, al ver allí de pie a su Madre y al discípulo, le dijo a Ella: *He ahí a tu hijo*; a él le dijo: *He ahí a tu madre* (Jn 19, 26-27), mostrándole con estas palabras su gran amor hacia él y considerándolo como otro yo al querer que ocupase su propio lugar en lo que se refiere a su madre. En consecuencia, Juan, conmovido con estas palabras, la recibió inmediatamente, y Ella vivió con él»¹².

La exégesis de Teodoro hace descansar el texto sobre la unión de Juan con Cristo. Esta unión estrechísima se muestra en el hecho de que Jesús quiere que ocupe su lugar ante la Madre, es decir, que sea hijo suyo. La maternidad espiritual de Santa María no puede estar más claramente afirmada: es una maternidad cristocéntrica, es decir, una maternidad que tiene lugar porque el discípulo, por voluntad del Maestro, está identificado plenamente con Él.

UNOS HERMOSOS VERSOS DE SAN EFRÉN

En la misma línea del de Mopsuestia encontramos estos versos de San Efrén (+ 373) en los que la maternidad espiritual de Santa María y la filiación de Juan son cantados con fervor:

2. «¡Bendita eres tú, oh mujer! Porque tu Señor e hijo te entregó a él y te encomendó al discípulo conformado con Él según la imagen. Cristo no fue ingrato con respecto a tu amor: como hijo de tu vientre, te entregó al hijo de sus entrañas. Tú lo hiciste descansar en tu pecho cuando era niño; también Él lo

hizo descansar a él [Juan] en su pecho. En la cruz te pagó cuanto Tú le habías dado, es decir, lo que te debía por haberle educado»

3. «El Crucificado pagó sus deudas. También te pagó lo que te debía. Él había bebido la leche de tus pechos visibles; Él, de su pecho, derrama misterios invisibles. Confiadamente se acercó cuando era niño a tus pechos; confiadamente se acercó el adolescente [Juan] y se reclinó en su pecho. Puesto que has deseado su voz, te ha entregado a su cítara [Juan] para que te consuele...

5. «Él te perdió y no te perdió, porque retornó en aquel joven para estar junto a ti. Él es aquel amigo que decidió marcharse a aquella región lejana en la que ya estaba. Su voluntad le obligó, en cierta manera, a descender; su amor le ha llevado por todos los caminos...

8. «El adolescente [Juan] vio en la mujer hasta qué punto se había abajado el Altísimo, cómo habitó en un débil seno y cómo, al salir débil allí, se amantó. La mujer se admiraba de cuánto había sido honrado y levantado aquel que había descansado en el pecho de Dios. Uno y otro estaban admirados de haber recibido tan gran honor de la amistad divina.

9. «Te vieron ellos... cuando se miraron mutuamente. Tu Madre te vio en el adolescente; éste te vio en su Madre. ¡Bienaventurados, Señor, los que te vieron el uno en el otro, hasta ahora como en un espejo! Ellos nos han dado ejemplo para que también nosotros te veamos a ti, nuestro Salvador, el uno en el otro.

10. «El adolescente honró con temblor y amor el templo en que habitaste, enseñándonos que el Hijo del rey habita hoy también en las castas vírgenes»¹³.

Se puede decir sin peligro de exageración que el pensamiento de que en Jn 19, 25-27 se contiene la afirmación de la maternidad espiritual de Santa María, que ya hemos visto aparecer, se sigue consolidando con Efrén. Nótese que nos encontramos ante unos hermosos versos que, lógicamente, alimentarían profundamente la piedad popular. Todas las imágenes usadas por San Efrén conducen a lo mismo: a la exaltación de la maternidad espiritual de Santa María. Ella es bienaventurada por haber recibido a Juan como el legado más precioso de Cristo; Juan es bienaventurado por haber recibido a María como madre. Cristo sigue acompañando a su Madre en la persona de Juan. Ambos, al mirarse, ven a Cristo en el otro. La forma en que San Efrén describe el papel de Juan es hermosa y feliz: Juan es la cítara de Cristo. La cantidad de veces que se menciona en estos versos el hecho de que Juan descansó sobre el pecho de Jesús no puede menos de recordarnos el texto originario con que iniciábamos este recorrido: para comprender a Juan es necesario des-

11 PROCOPIO DE GAZA, *In Exodum* 20, 12; PG 87, 1, 598; CorpMarPatr, 4012.

12 TEODORO DE MOPSUESTIA, *In Johannis Evangelium*, CSCO 116, 241; CorpMarPatr, n. 1312.

13 SAN EFRÉN SIRO, *Hymni de Virginitate*, 25; CSCO 224, 78-80; CorpMarPatr, n. 1394. El pensamiento de que, al contemplarse mutuamente, cada uno ve a Jesús en el otro vuelve a aparecer en la *Explanatio Evangelii concordantis*, 20, 27; CSCO 145, 215; CorpMarPatr, n.1444.

cansar como él en el pecho del Señor y tener a María por madre. Puesto que María añora la voz de Jesús, éste le entrega a Juan, que es su propia cítara, su cantor¹⁴.

Es en este contexto donde, por primera vez, si no me equivoco, encontramos identificada claramente a la Iglesia con Santa María. Comentando la grandeza del profeta [Cristo] anunciado en Dt 18, 15 y comparándolo con Moisés, escribe:

«Él [Cristo] os saciará de pan en el desierto. Un profeta como yo (Dt 18, 15). Él caminó sobre el mar y libró a su Iglesia de la circuncisión, y en vez de Josué hijo de Nun, constituyó en jefe al virgen Juan, y le dio a María, es decir, a su Iglesia, como Moisés había dado a Josué al pueblo. Así se cumplió aquello que dice Moisés: [un profeta] como yo»¹⁵.

EL ESCÁNDALO DE LA CRUZ

Bajo este título colocamos un extenso pasaje del *In Johannem* del gran defensor de la *Theotokos*: San Cirilo de Alejandría (+ 444). S. Cirilo comienza su comentario haciendo notar que la precisión con que se habla de la presencia de las mujeres y de Santa María al pie de la cruz es precisamente para poner de relieve, «el inesperado sufrimiento de la madre del Señor, que probablemente le escandalizó: συμβεβηκὸς ἐσκανδάλισε πάθος». Este escándalo se vierte en una hiperbólica oración que San Cirilo coloca en este momento en labios de Santa María. Digamos de entrada que son claras dos cosas: 1) San Cirilo tiene presente que está hablando del escándalo de la «Madre del Señor», es decir, de la Theotokos; 2) San Cirilo tiene presente que este «escándalo» es la forma en que Santa María «compadece» con el Hijo.

He aquí la oración en su lenguaje hiperbólico:

«Yo he engendrado a quien está sirviendo de mofa en la cruz; pero cuando decía que era hijo del Dios todopoderoso, quizás se equivocaba. Se equivocaba, quizás, cuando decía *Yo soy la vida* (Jn 14, 6). ¿Cómo está crucificado? ¿Cómo está atado por las cuerdas de los que le matan? ¿Cómo no ha vencido las insi-

14 También Efrén sigue la otra línea exegética que nos ha salido al paso fuertemente desde San Epifanio. El episodio de la cruz muestra que Santa María era virgen, porque, en caso contrario, Jesús la habría encomendado a sus otros hijos. (cfr S. Efrén Siro, *Explanatio Evangelii concordantis*, 2, 11; CSCO 145, 22; CorpMarPatr, n.1422). También en esta obra vuelve a aparecer Santa María como corregida por Jesús: es corregida cuando en las bodas de Caná le dice: *No ha llegado mi hora* (Jn 2, 4), que Efrén interpreta en este sentido: espera a que se den cuenta de que les falta el vino; también su entrega a Juan (Jn 19, 26-27) sería una especie de corrección: le prohibió que se acercase a Él, porque Juan era su hijo «desde ese momento» (Cfr S. Efrén Siro, *Explanatio Evangelii concordantis*, 4, 5; CSCO 145, 45; CorpMarPatr, n.1432).

15 S. EFRÉN SIRO, *Explanatio Evangelii concordantis*, 12, 5; CSCO 145, 117; CorpMarPatr, n.1442).

dias de sus perseguidores? ¿Cómo no ha bajado de la cruz Aquel que hizo volver a Lázaro a la vida y dejó atónita a toda la Judea?»¹⁶.

Esta es la tentación, que San Cirilo presenta como «muy verosimil»: εἰκὸς σφόδρα. Se trata de una verdadera tentación que perturba verdaderamente el alma de María, «desconocedora del misterio». Continúa:

«Podemos pensar rectamente que su dolor por las cosas que estaban ocurriendo fue tan grave que aquella naturaleza venerada se abatió y perdió la sobriedad del pensamiento. No hay que admirarse de que esto le sucediese a una mujer. Pues si incluso Pedro se escandalizó cuando Cristo dijo y enseñó abiertamente que Él caería en manos de los pecadores y padecería la cruz y la muerte, hasta el punto de exclamar: *Lejos de Ti, Señor; no sucederá eso* (Mt 16, 22), ¿qué tiene de extraño, me pregunto, si la tierna mente de una mujer ha sido arrebatada hacia los más débiles pensamientos? Decimos esto no por una superficial conjetura, como alguno podría pensar, sino intuyendo estas cosas de la Madre del Señor por algunas de las Escrituras»¹⁷.

Está atento San Cirilo al realismo de la femineidad de Santa María, y desea recalcar la gravedad de su sufrimiento al pie de la cruz. Nótese que San Cirilo está convencido de que es la Madre del Señor. Y prosigue:

«Pues recordamos que el justo Simeón, cuando tomó al Señor, todavía niño, en sus manos (Lc 2, 28), según lo que está escrito, dio gracias y dijo: *Señor, ahora puedes dejar irse en paz a tu siervo según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación* (Lc 2, 29). Y dirigiéndose a la Santa Virgen, dijo: *He aquí que éste está puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel y será signo de contradicción; y a ti una espada te traspasará el alma, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones* (Lc 2, 34). La espada designaba lo agudo del dolor que había de llevar a la mente de la mujer a pensamientos tan extraños (ἐκτόπους), pues las tentaciones perturban el corazón de aquellos que sufren y ponen de manifiesto sus razonamientos internos»¹⁸.

He aquí, pues, perfectamente expresado el pensamiento de San Cirilo: María «compadece» al pie de la Cruz. Ese padecimiento, en su vehemencia, se constituye también en una gran tentación. Es la noche oscura del alma en la que Santa María queda anegada por la oscuridad del anonadamiento del Señor y por vehemencia del dolor. ¿Cómo es posible que muera quien ha dicho de Sí mismo que es la vida? Las

16 SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *In Johannem*, 12; Pusey 3, 89-93; PG 74, 661 A-665 A; CorpMarPatr, nn. 3209-3215.

17 SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *In Johannem*, 12; CorpMarPatr, n. 3210.

18 SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *In Johannem*, 12; CorpMarPatr, n. 3212.